

nor pedazo de tierra. Los historiadores dan á Itzcoatl, y en adelante á los señores de México, el dictado de emperador en lugar del de rey: uno y otro título son puramente convencionales, no correspondiendo exactamente á las ideas expresadas hoy por esas palabras."

"Al mismo rumbo occidental quedaba el reino de Tlacopan, con su capital del mismo nombre. Le pertenecían los pueblos tepaneca, "y la provincia de Mazahaocan, y "la parte de aquellas serranías con sus vertientes que "eran de chichimecas, que son los que ahora llaman otomies, y el día de hoy aún dura á la gobernación Tlacupa, cuando se hacen llamamientos de gentes para alguna "obra pública y de consideración, entrar en la cuenta de "esta república todos los pueblos que están en las cordilleras y las otras vertientes de las sierras, que le caen "al Poniente que corren hacia el Valle de Toluca." Para este nuevo señorío fué nombrado Totoquiuhatzin, nieto de Tezozomoc y sobrino de Maztlaton, por no haber tomado parte ninguna en la guerra contra Itzcoatl y no se perdiera la memoria de tan antigua y fuerte tribu: tomó por dictado Tepanecatli Tecuhtli. Este pequeño reino quedó siempre estacionario, sin presentar variación alguna en su territorio. Así quedaron representadas las tres principales tribus que se habían disputado la supremacía del valle."

"Diéronse aquellos Estados á Totoquiuhatzin, con obligación de servir con todas sus fuerzas al rey de México, siempre que éste las requiriese, reservándose la quinta parte de los despojos que se tomasen á los enemigos. Igualmente fué puesto Nezahualcoyotl en posesión del trono de Acolhuacán, con la misma obligación de servir á los mexicanos en la guerra y derecho á la tercera parte del botín, después de sacada la del rey de Tacuba, y quedando las otras dos terceras partes para el rey de México. Además de esto los dos reyes fueron creados electores honorarios del rey de México, prerrogativa que se reducía á ratificar la elección hecha por cuatro nobles mexicanos, que eran los verdaderos electores. El rey de México, en cambio, se obligó á socorrer á cada uno de los otros dos, cuando lo necesitasen. Esta alianza de los tres reyes, que se mantuvo firme ó inalterable, por espacio de cerca de un siglo, fué la causa de las rápidas conquistas que después hicieron los mexicanos."

"Respecto de la partición de los despojos, encontramos varias opiniones; la más autorizada, en nuestro concepto, y por eso preferida, es la siguiente: "En México y en su provincia abia tres Señores principales, que eran el Señor de México, y el de Tlescuco, y el de Tlacopan, que ahora llaman Tlacuba, todos los demás señores inferiores seruián y obedecían á estos tres Señores; y porque "estaban confederados toda la tierra que sujetaban la partían entre sí." "Al Señor de México auian dado "la obediencia los Señores de Tlescuco y Tlacuba en las cosas de guerra, y en lo demás eran iguales, porque no tenía el uno que hazer en el Señorío del otro, aunque algu-

"nos pueblos tenían comunes y repartían entre sí los tributos dellos, los unos igualmente y los de otros se habían cinco partes, dos llebaba el Señor de México, y dos el de Tlescuco, y uno el de Tlacuba."

(Orozco III, páginas 250 á 253.)

"GUERRA ENTRE LOS MEXICANOS: para declarar la guerra se examinaba antes en el consejo la causa de emprenderla, que era por lo común la rebelión de alguna ciudad ó provincia, la muerte dada á un correo ó mercader mexicano, acolhua ó tepaneca, ó algún insulto hecho á sus embajadores. Si la rebelión era sólo de algunos jefes, y no de los pueblos, se hacían conducir los culpables á la capital para castigarlos. Si el pueblo era también culpable, se le pedía satisfacción en nombre del rey. Si se humillaba ó manifestaba un verdadero arrepentimiento, se le perdonaba su culpa y se le exhortaba á la enmienda. Si en vez de humillarse respondía con arrogancia y se obstinaba en negar la satisfacción pedida, ó cometía nuevos insultos contra los mensajeros que se le enviaban, se ventilaba el negocio en el consejo, y tomada la resolución de la guerra se daban las órdenes oportunas á los generales. A veces el rey, para justificar más su conducta, antes de emprender la guerra contra algún estado le enviaba tres embajadas consecutivas: la primera al señor del estado culpable, pidiéndole una satisfacción conveniente y prescribiéndole el tiempo en que debía darla, so pena de ser tratado como enemigo: la segunda á la nobleza, invitándola á que persuadiese al señor evitase con la sumisión, el castigo que le aguardaba, y la tercera al pueblo, para hacerle saber las causas de la guerra. A veces, según dice un historiador, eran tan eficaces las razones propuestas por los embajadores, y se ponderaban de tal modo las ventajas de la paz y los males de la guerra, que se lograba prontamente una conciliación. Solían también mandar con los embajadores al ídolo de Huitzilopochtli, exigiendo de los que ocasionaban la guerra, que le diesen lugar entre sus divinidades. Si estos se hallaban con fuerzas para resistir, rechazaban la proposición y despedían al dios extranjero: pero si no se reconocían en estado de sostener la guerra, acogían al ídolo y lo colocaban entre los dioses provinciales, respondiendo á la embajada con un buen regalo de oro y piedras ó de hermosas plumas, y repitiendo las seguridades de su sumisión al soberano.

En caso de decidirse á emprender la guerra, antes de todo se daba aviso á los enemigos para que se apercebiesen á la defensa creyendo que era bajeza indigna de hombres de valor atacar á los desprevenidos. También se les enviaban algunos escudos, en señal de desconfianza, y vestidos de algodón. Si un rey desafiaba á otro, se añadía la ceremonia de unirlo y pegarle plumas á la cabeza, por medio del embajador, como sucedió en el reto de Itzcoatl al tirano Maxtlaton. Después se enviaban espías, á quienes se daba el nombre de *QUIMICHIN*, ó ratones, para que fuesen disfrazados al país enemigo y observasen los movimientos de los contrarios, el número y la calidad

de las tropas que alistaban, Si los espías desempeñaban bien su comisión, tenían una buena recompensa.

Finalmente, después de haber hecho algunos sacrificios al dios de la guerra y á los númenes protectores del estado ó de la ciudad contra la cual se iba á combatir, para merecer su protección, marchaba el ejército, no formado en alas, ni en filas, sino dividido en compañías, cada una con su jefe y estandarte. Cuando el ejército era numeroso se dividía en *XIQUIPILS*, y cada *xiquipilli* constaba de ocho mil hombres. Es verosímil que cada uno de estos cuerpos fuese mandado por un *tlacatecatl* ú otro general. El lugar en que se daba comunmente la primera batalla, era un campo destinado á aquel objeto en cada provincia y llamado *YAOTLALLI*, esto es, tierra ó campo de batalla. Dábase principio á la acción con un rumor espantoso (como se hacía antiguamente en Europa y como hacían los romanos), y para ello se valían de instrumentos militares, de clamores y de silbidos tan fuertes, que causaban terror á quien no estaba acostumbrado á oírlos, como refiere por experiencia el Conquistador Anónimo. En el ejército tezcucano, y quizás en el de alguna otra nación, el rey ó el general daba la señal de ataque con un tamborcillo que llevaba á la espalda. El primer ímpetu era furioso, pero no se empeñaban todos desde luego en la acción como dicen algunos autores, pues de su historia consta que tenían cuerpos de reserva para los lances apurados. A veces empezaba la batalla con flechas ó con dardos, ó con piedras, y cuando se habían agotado las armas arrojadas, echaban mano de las picas, de las mazas y de las espadas. Procuraban con particular esmero conservar la unión de sus huestes, defender el estandarte y retirar los heridos y los muertos de la vista de sus enemigos. Había en el ejército cierto número de hombres que se empleaban en apartar estos objetos, á fin de evitar que el contrario los echase de ver y cobrase nuevos bríos. Usaban de cuando en cuando de emboscadas, ocultándose entre las malezas ó en zanjas hechas á propósito, como lo experimentaron más de una vez los españoles, y frecuentemente fingían una retirada para atraer al enemigo, que se empeñaba en seguirlos á un sitio peligroso, donde les era fácil atacarlo con nuevas tropas por retaguardia. Su mayor empeño en la guerra no era tanto matar, cuanto hacer prisioneros para los sacrificios, ni el valor del soldado se calculaba por el número de muertos que dejaba en el campo de batalla, sino por el de prisioneros que presentaba al general después de la acción. Esta fué una de las principales causas de la conservación de los españoles en medio de tantos peligros, y especialmente en la horrible noche en que salieron vencidos de la capital. Cuando algún enemigo vencido procuraba escapar, lo desjarretaban á fin de que no pudiera correr. Cuando perdían el general ó el estandarte, echaban á huir, y entonces no había fuerza humana que bastase á detenerlos.

Terminada la batalla, los vencedores celebraban con gran júbilo su triunfo, y el general premiaba á los oficia-

les y soldados que habían hecho prisioneros. Cuando el rey de México había hecho algún prisionero, le enviaban embajadas y regalos todas las provincias del reino para darle la enhorabuena. Vestían á aquel malaventurado con las mejores ropas, lo cubrían de preciosos adornos, y lo llevaban en una litera á la capital, de donde salían á recibirlo los habitantes con música y grandes aclamaciones. Llegado el día antes del sacrificio, después de haber ayunado el rey el día antes, como hacían los dueños de las víctimas, llevaban al real prisionero con las insignias del sol al altar común de los sacrificios y moría á manos del gran sacerdote. Este hacía con la sangre de la víctima una aspersión á los cuatro puntos cardinales, y mandaba un vaso de ella al rey, para rociar todos los ídolos que estaban en el recinto del templo, en acción de gracias por la victoria conseguida contra los enemigos del Estado. Enfilaban la cabeza en un palo altísimo, y cuando se había secado el pellejo, lo llenaban de algodón y lo colgaban en algún sitio del palacio para recuerdo de un hecho tan glorioso: en lo que no tenía poca parte la adulación.

En los asedios de las ciudades, la primera precaución de los sitiados era poner en seguro sus hijos, sus mujeres y los enfermos, enviándolos en tiempo oportuno á otra ciudad ó á los montes. Así los salvaban del furor de los enemigos, y evitaban el consumo inútil de los víveres de la guarnición."

"Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo II. pág. 505."

OFICIALES DE GUERRA Y ORDENES MILITARES DE LOS MEXICANOS.

"No había en aquellos países profesión más estimada que la de las armas. El numen que más reverenciaban era el de la guerra, como principal protector de la nación. Ningún príncipe era elegido rey, si antes no había dado pruebas de valor y pericia militar en muchas batallas, hasta merecer el alto empleo de general del ejército; y el rey no podía ser coronado, si no hacía por sí mismo los prisioneros que habían de ser inmolados en su coronación.

Todos los reyes mexicanos, desde Itzcoatl hasta Quauhtemotzin, que fué el último, pasaron del mando del ejército al trono. Aun en la otra vida, según su creencia, las almas más felices eran las de aquellos que morían con las armas en la mano, en defensa de su patria. Por la gran estima en que tenían á la carrera militar, procuraban inspirar valor á sus hijos, y endurecerlos desde su niñez en las fatigas de la guerra. Este ventajoso concepto de la gloria de las armas, fué el que formó aquellos héroes, cuyas ilustres acciones conserva la historia; el que les hizo sacudir el yugo de los tepanecas, y elevar de tan humildes principios tan clara y tan famosa monarquía; el que amplió, finalmente, su dominio desde las márgenes del lago, hasta las costas de uno y otro océano.

La suprema dignidad militar era la de general del ejército; pero había cuatro grados diferentes de generales, y cada grado tenía sus insignias particulares. El más alto era el de TLACOHCALCATL, palabra que, según algunos autores, significa príncipe de los dardos, aunque significa realmente habitante de la armería, ó de la casa de los dardos. No sabemos si los otros tres grados estaban de algún modo subordinados al primero; ni tampoco es fácil señalar sus nombres, por la variedad con que se leen en los autores. Después de los generales venían los capitanes, cada uno de los cuales mandaba un cierto número de hombres.

Para recompensar los servicios de los militares, y para darles estímulo, inventaron los mexicanos tres órdenes militares, llamadas ACHCAUHTIN, QUAUHTIN y OCELO, esto es, príncipes, águilas y tigres. Los más estimados eran los que en la orden de príncipes se llamaban QUACHICTIN. Estos llevaban los cabellos atados en la parte superior de la cabeza con una cuerda roja, de la que pendían tantas borlas de algodón, cuantas habían sido sus acciones gloriosas. Era de tanto honor este distintivo, que aun los reyes, no sólo los generales, se jactaban de usarlo. A esta orden perteneció Moteuczoma II, como dice el P. Acosta, y aun el rey Tizoc, como se ve en sus retratos. Los tigres se distinguían por cierta armadura, manchada como la de aquella fiera. Estos trajes sólo se usaban en la guerra: en la corte, todos los oficiales del ejército usaban una ropa tejida de varios colores, que llamaban TLACHQUAHUHO. Los que iban por primera vez á la guerra, no llevaban ninguna insignia, sino un ropón tosco y blanco, de tela de maguey. Observábase esta regla con tanto rigor, que aun los príncipes reales debían dar muestras de valor antes de cambiar aquel vestido, por otro más honroso, que se llamaba TEXCALIUCHTI. No sólo se distinguían las órdenes militares en sus insignias, sino en las estancias que ocupaban en el palacio real cuando estaban de guardia. Podían tener utensilios de oro, vestirse de la tela más fina y usar de fajas más ligeras que la plebe, lo que no se permitía á los soldados hasta haber merecido algún adelanto por sus acciones: Había un traje particular, llamado TLACATZUHQUI, destinado á premiar al militar, que cuando se desanimaba el ejército, lo incitaba á continuar vigorosamente en la acción."

(Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo III. pág. 76.)

EMBAJADORES.

Los reyes de la triple alianza para enviar mensajes á los señores amigos, ajustar diferencias y declarar guerras, usaban de embajadores. Estos eran nobles, de edad proveya, juicio recto y entendidos en la manera de decir: el ceremonial mexicano estaba sujeto á ciertos discursos, siempre los mismos en cada caso, especie de fórmulas en que sólo variaban los nombres y las circunstancias particulares, y es casi seguro que aconteciera lo mismo en las relaciones diplomáticas. La verdad es, que según la importancia de la persona á quien se enviaba, así era la categoría y nobleza del embajador. Vestía las insignias del señor á quien representaba, puesta encima una especie de dalmática verde con borlas colgantes, y sobre ella una manta más ó menos fina atada á los hombros ó pecho; trenzado el cabello con plumas ricas de las que colgaban borlas de colores: en la mano derecha una flecha con las plumas hacia arriba, y en la izquierda una pequeña rodela y una redecilla en que conducía su mantenimiento. Por sus insignias reconocían su carácter, que le hacía sagrado aun en tierras enemigas, aunque perdía sus inmunidades si se apartaba del camino recto. En los pueblos del tránsito le aposentaban y regalaban, llegado al lugar de su destino, salíanle á recibir, los nobles le albergaban en la CALPIXCA ó casa pública de huéspedes, haciéndole gran honra. Admitido á la presencia del príncipe, éste le recibía en la sala de audiencia, sentado en su ICPALLI, acompañado de su corte; él entraba mesuradamente, se ponía en cuclillas en medio de la sala, y cuando se le permitía hablar daba su mensaje con voz clara, pausada y comedida, con la mayor retórica posible. La respuesta la recibía el embajador al día siguiente por boca de uno de los empleados de la corte; poníanle provisiones en la redecilla que llevaba, los nobles le sacaban fuera del pueblo, quedando terminada su misión. Los señores amigos daban siempre algunos regalos, que por cortesía debían ser admitidos: los obsequios de los enemigos no los tomaban aquellos enviados sino con el expreso consentimiento de su rey. Hacer agravio ó matar á un embajador estaba reputado por infame, siendo crimen que se castigaba con excesivo rigor.

(Orozco y Berra.—Tomo primero.—página 263.)

CAPITULO III.

LEYES Suntuarias.—NOBLEZA Y DERECHO DE SUCESION ENTRE LOS MEXICANOS.—MAGISTRADOS DE MEXICO Y DE ACOLHUACAN.

LEYES Suntuarias.



AS leyes suntuarias, acerca del vestido, estaban basadas propiamente en los distintivos militares. Ni los señores ni sus hijos podían usar mantas labradas, de colores, joyas y plumages, mientras no habían hecho una valentía, matando ó cautivando un hombre en la guerra. Los no principales, no se podían atar los cabellos como valientes, hasta haber muerto ó preso cuatro hombres. El mismo rey electo, para ser ungido, tenía que salir previamente á la guerra y hacer alguna valentía, los prisioneros que tomaba eran sacrificados con particulares ceremonias. Cada grado tenía determinado vestido, colores y adornos; quien tomaba traje que no le correspondía, moría por ello. El rey usaba una manta blanca y azul, llamada *xihuitlmalli*, que era á manera de la púrpura real; al visitar los templos vestía de blanco; en las solemnidades y fiestas variaban los colores según la etiqueta; en ocasiones públicas se ponía el *capilli*, corona ó diadema, de oro y piedras preciosas, blanca y azul como la manta. Los príncipes vestían de *ichli* ó pita como los *mucchualli*, si no habían salido á la guerra; cuando se habían ya distinguido, su traje era blanco con cenefa de colores. Los capitanes traían la insignia dicha *tlacheuauhyo*. Muy honroso era el distintivo llamado *ilacatzuhqui*, concedido á quien mirando huir á los suyos, con su ejemplo y palabras les hacía volver de nuevo al combate.

El *telpuchtlitaquilamine* podía teñirse el cuerpo de amarillo, la cara roja con las sienas amarillas; la manta tenía listas de color morado. Al tercer cautivo podía ser elegi-

do para mandar á los mancebos del Telpuchcalli. Al cuarto le cortaban el cabello recibiendo el título de capitán; podíase sentar en los asientos llamados *icpalli* y alternar con los valientes. Poco importaba ya cautivar guerreros de los otros países, siendo preciso que fueran de los enemigos de casa. Estos alcanzaban el dictado de *cuauhyacatl*, águila que guía, la manta rica llamada *cuechintli*, ó la de dos colores *chicoapalmacazminqui* y bezotes verdes y amarillos.

Según se colige de los materiales que á la vista tenemos, las órdenes militares eran varias. Los *acheauhtin*, príncipes, á la cual correspondían los reyes y personas de sangre real. Los *Cuauhtin*, águilas, para nobles y grandes señores. El nombre *tequilaua*, se daba en general á los valientes, y si los caballeros se distinguían entre sus pares, tomaba el apellido de *cuacuauhtin*, que eran los caballeros del sol, ó como les llama Durán, comendadores de las águilas. Estos tenían el pelo de la coronilla de la cabeza atado con una correa roja, de la cual pendían á la espalda tantas borlas encarnadas cuantas hazañas habían rematado. Después de ejecutados veinte hechos gloriosos recibían el apellido de *cuachic*, los rapaban dejándoles un mechón de pelo, grueso como el pulgar sobre la oreja izquierda, pintándoles la cabeza la mitad azul y la otra mitad roja ó amarilla; se cubrían con un *maztlatl* galano, y una manta de nequen de red con mallas grandes. Los *cuacuauhtin* no podían huir de diez ni doce hombres; los *cuachic* no debían retroceder ante veinte, por eso estos caballeros iban á la retaguardia del ejército, á fin de sostenerle en las sorpresas y derrotas. Los de la clase media y los plebeyos tenían las órdenes de los *occlott*, tigre, y de los *otomilt*, otomí. Recibían distintivos de pieles, gozaban de muchas exenciones, entre las cuales se conta-